6

EXHORTACION

DEL SERENISIMO SEÑOR

D. JUAN ACISCLO DE VERA Y DELGADO

ARZOBISPO DE LAODICEA,

PRESIDENTE

DE LA SUPREMA JUNTA CENTRAL

GUBERNATIVA DEL REYNO,

A SUS AMADOS ESPAÑOLES,

SOBRE EL MODO DE SANTIFICAR LA PRESENTE GUERRA, y de asegurar el triunfo que se apetece.



EN CADIZ:

POR DON NICOLAS GOMEZ DE REQUENA, IMPRESOR DEL GOBIERNO, PLAZUELA DE LAS TABLAS.

ESPAÑOLES DE MI CORAZON.

El Dios omnipotente que dispensa todas las cosas á su arbitrio, valiéndose para los designios de su soberana voluntad, aun de los medios mas inútiles, me ha constituido en la precision de hablaros, y de que ocupado en vuestro bien sin la menor intermision, os exhorte á que continueis en vuestros heróicos designios, afianzándoos mas y mas en vuestra fe, y en la esperanza de ver cumplido nuestro santo deseo. Así pues, el amor de la Patria sublimado en mí por la dignidad á que me elevó Dios sin mérito mio, y por la confianza que ha hecho de mí la Nacion, colocándome al frente de su gobierno, me obliga á ayudar por mi parte á las sabias disposiciones de la Suprema Junta, exhortándoos á que coopereis á la salud de la Patria por un medio que nos ha de hacer á todos prudentes, esforzados, constantes en nuestra digna empresa, hasta conducirnos á la deseada victoria.

Miéntras el Soberano, fomentando el espíritu público, y mirando por el decoro del reyno, dice á la Nacion: Armense los robustos, salgan al campo los guerreros; me toca á mí decir *Santificad esta guerra* para obligar á Dios á que favorezca nuestra justicia: sed valientes segun Dios, guardando las leyes de la fortaleza evangélica, y vereis renovarse y exâltarse el decoro de España, al paso que decae la pujanza de su enemigo. No permita el cie-

lo que á los sublimes sentimientos de la religion, substituya yo nunca, y ménos en este lance, el lenguage de la prudencia terrena, ni que use de expresiones que alejen de nosotros la benignidad del cielo, y nos atraigan de nuevo su ira.

Quando el rey de los Asirios intentó sojuzgar la Judea, los sacerdotes y el pueblo de Israël ayunando y vistiéndose de cilicio, clamaron al Señor que no los entregase en manos de aquel extrangero, alcanzando por este medio lo que les habia ofrecido Eliacim en nombre de Dios, que si así lo hacian serian vencedores. Matatías al levantar á Israël contra otro invasor no ménos iniquo, protestando con todo su pueblo que reconocian en él un azote de la divina justicia, se prepararon para vencerle rasgando sus vestidos, que era señal de gran dolor entre los Hebreos, cubriéndose de cilicio, y haciendo otras públicas demostraciones de penitencia. Judas, el caudillo de Israël, acometido por el numeroso exército de Timoteo, invocó con sus tropas el auxîlio del Señor, y cubriéndose todos la cabeza con pólvo, y ciñéndose de cilicio, clamaron al pie del altar, alcanzando del Señor que les cumpliese la promesa que hizo en la Ley de serles propicio, y de humillar á los enemigos de su pueblo. Con estas armas derrotó tambien Moyses á los soberbios Amalecitas, derribó Josué los muros de Jericó, y se facilitó á los Macabeos la repentina conquista de Casfin y Carmon, y otras plazas que se creian inexpugnables. A este tenor ofrece varios

exemplos la historia sagrada que acreditan, que el Pueblo de Dios invadido varias veces por enemigos aguerridos y poderosos, nunca fue vencido de ellos, sino quando endurecido en sus culpas, y fiado en sus propias fuerzas no acudia á implorar el auxîlio de Dios, ni trataba de aplacarle con el arrepentimiento de sus pecados; y al contrario, que fue vencedor en todas las ocasiones en que á los armamentos y á los demas recursos humanos, añadió el clamor al cielo, y la reforma de sus costumbres Tan evidente era esta verdad aun á los mismos Gentiles, que uno de ellos llamado á consejo por Holofernes en el cerco de Betulia, tuvo ánimo para decirle: A los Hebreos mientras se conservan sin pecado, los colma el cielo de bienes, porque su Dios detesta toda iniquidad: averigua si han cometido algun pecado delante de su Dios, y siendo así acomételos, que él mismo los pondrá en tus manos, y quedarán sujetos al yugo de tu poder; mas si perseveran sirviéndole, en vano intentas resistirles, porque su mismo Dios los defiende; y si nos empeñásemos en continuar esta guerra, vendremos á ser escarnio de todo el mundo.

De esta confianza religiosa, fundada en el oráculo de Dios, y nunca desmentida por la experiencia, nació la práctica comun en los estados católicos de recurrir á Dios en los tiempos de guerra, y de promover en ellos la penitencia y la reforma de costumbres, como medios necesarios para coger el fruto de las empresas militares, y frustrar los pla-

nes y abatir las fuerzas del enemigo. Porque enseñándonos la fe, que la guerra es uno de los mayores azotes de la divina justicia, y que esta no se aplaca sino con la oracion y la penitencia, los pueblos que han sido prudentes segun la religion, por estos medios han conseguido aplacar al que como rey de toda la tierra, y árbitro de los sucesos públicos, tiene en su mano dar ó negar las victorias.

Muchas veces han triunfado en España estos sentimientos de la piedad, con motivo de las repetidas invasiones de enemigos que han padecido sus provincias. Zaragoza sitiada por el exército de Childeberto, rey de Francia, se preservó de este riesgo echando mano del ayuno, del cilicio y de otras demostraciones públicas de penitencia. El rey D. Alfonso el Noble, con motivo del peligro que amenazaba á sus estados la coalicion de varios reyes moros, entre otras disposiciones piadosas, trató de contener la ira de Dios, mandando en un edicto que los nobles y los plebeyos, dexando los vestidos supérfluos, los recamados de oro, y otros adornos no necesarios, se proveyesen de armas, con las quales peleando agradasen á Dios, tanto como le habian desagradado ántes con las ropas de luxo. Y habiendo obedecido todos al rey, alcanzaron la gloriosa victoria de las Navas. Con cuyo motivo dice un grave historiador nuestro: Siempre se ha tenido por medio eficacísimo para aplacar la ira de Dios, y obligar su inmensa misericordia á que favorezca con especial auxîlio seme-

jantes empresas piadosas, la reformacion de los trages supérfluos. A esto añadió el Papa Inocencio III en Roma por la misma causa, procesiones públicas de penitencia, ayuno general á pan y agua los que pudieren, y exhortando al socorro de los pobres, para que por medio de la oracion, dice, del ayuno y de la limosna, atraiga sobre sí el pueblo christiano la misericordia del criador.

Si deseamos pues de veras la libertad de nuestra Nacion, y que no pasen adelante los desacatos, los sacrilegios y los demas atentados que cometen en ella el tirano y sus huestes: si nos duele el atropellamiento de la religion, el vilipendio de la patria, el ultraje de la honestidad, la burla de nuestras antiguas leyes y costumbres: mirando estos males con ojos de fe, y reconociendo en ellos la mano de Dios, que ha hecho azote de su furor para nuestra enmienda á esta Nacion inquieta, ligera é impía, al paso que nos armamos para batir al enemigo, hagamos cierta nuestra victoria por medio de la oracion y de la penitencia. No se diga que para vencer bastan los armamentos y la multitud de las tropas. Este és lenguage de impíos, que no debe hallar cabida en pechos católicos. Sabemos que la misma religion exîge en un pueblo invadido los preparativos necesarios para resistir al que intenta tiranizarle: que en todas las guerras justas prescribe y autoriza los medios prudentes para acometer y rebatir al enemigo; condenando aun á los que sin malicia solo por indolencia ó por falsa pie-

dad, tentando á Dios, descuidan de prepararse militarmente. Mas estas obligaciones que impone la piedad tienen íntima conexîon con otras verdades que nos enseña ella misma, esto es, que las guerras para todos los pueblos beligerantes son un azote de la ira del cielo: que el éxîto de las batallas pende de Dios y no de los hombres: que las victorias las dá Dios por misericordia á los exércitos que pelean en defensa de la justicia, y por ira algunas veces á los iníquos, para castigo de los vencidos y de los vencedores: que Dios no necesita de muchos soldados para derrotar á pocos; que con cortos exércitos fiados en su divina proteccion, desbarata y humilla huestes numerosas que ponen la esperanza en su multitud y en su fuerza.

Hallándose pues ya preparada militarmente la Nacion, y dispuesta á valerse ahora y en adelante de los medios mas fuertes y eficaces para derrotar á nuestro enemigo, ¿qué resta sino que invoquemos todos el auxîlio del cielo, haciéndonos acreedores á él por medio de la penitencia? Temiendo el juicio de Dios contra Israël por la parte que tuvo en las abominaciones de Jeroboam, y reconociendo las graves culpas de nuestra patria en el reynado anterior; confesémonos reos delante de Dios de la parte que puede haber tenido cada uno de nosotros en aquellos escándalos, adoptándolos, cooperando á ellos, ó influyendo de alguna manera en la general corrupcion de nuestras costumbres. ¿Quién no advierte la justicia con que por

medio de esta guerra castiga Dios en nosotros el triunfo con que hace muchos años se está presentando en todos los pueblos de nuestra península la inmodestia y la desenvoltura, no perdonando los lugares mas dignos de respeto ni aun el santo templo de Dios? Este solo pecado público bastó para traer en otro tiempo sobre Israël una guerra funestísima que lo desoló todo, viniendo á ser pasados á cuchillo los mancebos mas valientes y gallardos de aquel invicto pueblo, por haber irritado la ira del Señor la loca liviandad de ciertas mugeres. „Porque se envanecieron las hijas de Sion, dice Dios, y andaban á compás con el cuello erguido insinuándose con los ojos, les quitará el Señor el cabello y los rizos y el atavío de su calzado, y las axorcas y los demas adornos; y trocará en hedor sus perfúmes, y en calva su rizado, y la faxa de su pecho en cilicio. Y tras esto verán degollados á sus varones, y á sus fuertes en el campo de batalla. Y habrá llanto y luto en sus ciudades, y desolacion en toda aquella tierra. (*Isai. III.* 16. *seq.*)

¿Cómo no temblamos al ver dibuxado en estas palabras el estado de nuestra disolucion y el principio de su castigo? ¿Y qué digo el estado de nuestra disolucion? Como si fuera poco imitar á las mugeres orgullosas de Israël, algunas de las españolas al ayre soberbio de la desenvoltura, añaden la desnudez agena del decoro y de la modestia cristiana. ¿Qué dirá de vosotras la piedad, si-

no que provocando la ira del cielo con los caprichos de vuestra luxuria, atraeis para vuestras personas, para vuestras familias y para vuestra patria la deshonra, la orfandad, el luto y último exterminio? Haced llanto sobre vuestros pechos, os diré con Isaías (*Isai. XXXII.* 12.) viendo en su desnudez la leña con que cebais la llama del divino furor. Despojaos, no ya de la ropa que conserva el pudor, sino de la liviandad que os hace abominables á Dios y enemigos de la Patria. Doleos de haber degenerado de la decencia española, adoptando en los trages el corte y el ayre de esa nacion novelera é impía por cuya mano castiga Dios en nosotros el delito de haberla imitado Reducios en los trages al plan del Apóstol que dicen: Vistan las mugeres con modestia y templanza, de suerte que su buena conducta y su exterior adorno sea testimonio de su piedad. (1. *Timoth. II* 9. 10.)

Y pasando de este escándalo á los demas que cunden entre nosotros, conozcámos que Dios nos azota por medio de este Tirano con tanta justicia como castigó á los Israëlitas por mano del impio Sennacherib, el qual decia: No he venido contra Israël sin la voluntad de Dios: lloremos nuestra ingratitud á los beneficios del Señor, nuestra dureza, el poco caso que hemos hecho de la peste, del hambre, de los terremotos y de las otras calamidades con que ántes de esta última habia procurado el Señor la reforma de nuestros desórdenes. Llorémos la insensibilidad con que aun ahora

en medio de los ultrajes de nuestra santa religion, de la desolacion de nuestros pueblos, de la opresion de nuestras provincias, y de la ruina que amenaza á todo el reyno, no se advierte la debida enmienda de nuestras costumbres, que es el fruto que por medio de esta nueva y extraordinaria tribulacion, intenta Dios sacar de nosotros. Llorémos el descrédito que aun ahora tiene entre nosotros la piedad cristiana y la observancia de la santa ley del Señor, que en muchas personas incautas, ha llegado al extremo de tener por santo al que no es muy vicioso, y en otras débiles á inspirarles un cierto rubor aun la práctica de las virtudes comunes. Y pues justamente nos gloriamos de ser christianos, y de que España es conocida en todo el mundo con el título de Reyno Católico, procuremos que no sea nuestra fe como la de los demonios, los quales creyendo en Dios no cesan de obrar mal; y avergoncémonos de que al paso que ellos creen y tiemblan, nosotros creyendo tal vez de un modo infructoso, no miramos á Dios con el debido temor y respeto.

El remedio de este mal es hacer fructuosa nuestra fe con la correccion de la vida. Este es el recurso único que nos queda para aplacar al cielo: recurso noble y digno de una católica y piadosa Nacion que á todo debe preferir la reconciliacion con Dios, cuya gracia al paso que nos haga triunfar del pecado, nos dará fortaleza para vencer á los enemigos exteriores, y mas á Napoleon, no mé-

nos odiado por Dios que nuestros mismos vicios. Esta deseada victoria la conseguirémos, amados Españoles, por medio de la penitencia, viéndonos libres de este enemigo, y mostrando con nuestro exemplo á las demas Naciones oprimidas el camino seguro de la libertad.

No os amilanen, ni os arredren, ni os inspiren el menor recelo los reveses que durante esta guerra ha experimentado la Nacion, apesar de sus grandes esfuerzos. Estas derrotas, y el mal éxîto de algunos planes militares, y otros sucesos adversos no son indicios de ira irrevocable de Dios, nî de que es imprudente nuestra constancia, ni ménos de que hubiese sido ageno del espíritu del Señor el impulso con que á un tiempo nos movimos todos á nuestra defensa. Contra los prudentes del siglo y los emisarios del Tirano que intenten sugeriros estos vanos temores, armaos de las verdades de la fe, y decidles lo que en un apuro semejante respondió Judit á los tímidos sábios de su pueblo: ¿Quien sois vosotros para tentar á Dios, poniendo tasa á su piedad, y definiendo á vuestro antojo si nos ha de entregar ó no á nuestros enemigos? No es buena esta timidez para aplacar al cielo, sino para irritarle y dispertar mas su furor. Mas por quanto Dios tiene larga espera, aprovechémonos de ella para implorar su auxîlio con nuestras lágrimas. Y por quanto no es el enojo de Dios duradero como el nuestro, humillándonos en su presencia, esperemos que así como nos

ha turbado con la soberbia del enemigo, así nos llenará de regocijo con su humillacion. El éxîto demostró quan prudente fue esta confianza de la santa muger, y quan vano el temor de los que sin acordarse del auxîlio de Dios, contando los dias, querian entregar á Betulia.

Fuera de esto, ¿ quien ignora que por ocultos juicios del cielo aun en guerras santas han sido vencidos muchas veces los defensores de la justicia, que al cabo perseverando quedaron victoriosos? ¿y que exércitos formados por el mismo Dios perdieron jornadas emprendidas por su consejo, para que probada así su fe mereciesen por ella la total derrota de sus enemigos? Injurió Benjamin á Israël abusando de la muger del Levita que se habia guarecido en Gabaa: muévense las demás tribus por inspiracion de Dios á vengar aquella enorme injuria: dáles el mismo Dios caudillo de los 40ʉ hombres que se habian armado. Salen al campo de batalla confiados en su mayor número, en la justicia de su causa, y lo que es mas, en la aprobacion del cielo. Mas ¡ quán impenetrables son los consejos del Señor! Son vencidos el mayor número por el menor, los vengadores de la maldad por los malvados, perdiendo los Israëlitas en este encuentro 22ʉ hombres. Recurren á Dios, y les manda pelear otra vez: pelean obedientes y vuelven á ser derrotados con pérdida de 18ʉ. ¿Veis como en una guerra justa y emprendida por consejo y mandato de Dios, cabe en el órden de la Provi-

dencia que sean vencidos alguna vez por los iniquos los defensores de la justicia? Mas en medio de esta aparente contradiccion de la Providencia, que la impiedad graduaria de engaño, no desmayaron los Israëlitas, ni perdieron la fe Si en semejante conflicto me pidierais á mi consejo, dice S. Bernardo, y os respondiese: Volved á la batalla; ¿quién sabe si este nuevo aliento se me imputaria á temeridad? Pudiera oponérseme: perdida la fuerza del exército ¿qué ventaja nos podemos ya prometer de estas miserables reliquias? Sin embargo los Israëlitas avivando mas su esperanza, acuden de nuevo al templo, ayunan y ofrecen sacrificios; y obedeciendo tercera vez al Señor, no sirviéndoles de obstáculo la primera y segunda derrota, vencen á sus enemigos cogiendo en esta completa victoria el fruto de su constante fe acompañada del fervor de su penitencia.

Este milagro que hizo la penitencia en los Israëlitas, le obrará tambien en nosotros dexándose obligar Dios de nuestras lágrimas, como se dexó obligar de las de Acab, y de los moradores de Nínive, hasta revocar el decreto de nuestra esclavitud, aun en el caso que por nuestras culpas estuviese dado. Convirtámonos al Señor, y experimentarán nuestros exércitos lo que va del justo al pecador, como dice un profeta, y del que sirve á Dios al que no le sirve. Tarde en hora buena el Señor en auxîliar nuestra causa: nuestro Señor es, haga en todo lo que sea su voluntad; mas no por

eso nos es lícito desistir de la empresa, ni ménos persuadirnos que quiere entregarnos á nuestro enemigo. Traigamos á la memoria las maravillas que ha obrado el cielo y está obrando á nuestro favor desde que por inspiracion suya emprendimos esta grande obra; y consolados con la visible proteccion del Señor, en medio de nuestras adversidades, digamos siempre con nuevo aliento: sufriré con paciencia la ira del Señor pues pequé contra él, hasta que llegue el dia en que juzgue mi causa (*Michae VII. 9.*) Y este dia llegará, y acaso mas pronto de lo que juzgamos nosotros; pues estrechado el Señor con nuestros ruegos, y con la enmienda de nuestra vida, aun quando se disminuyese el número de nuestros soldados, enviaria ángeles que derrotasen el exército de Napoleon, como los envió para acabar en un momento con el de Senacherib, ó haria que pelease visiblemente el cielo por nosotros, como en tiempo de los Jueces pelearon las estrellas contra Sísara para suplir el corto número de las huestes de Israël.

Mas no necesita Dios de sucesos extraordinarios para mostrar los maravillosos efectos de la penitencia, ocultando sus milagros baxo el órden de los afectos de nuestro corazon. Convirtámonos todos, y experimentarémos esto con grande admiracion y consuelo de nuestra Patria La penitencia, sujetando nuestra voluntad á la de Dios, facilitará los sacrificios que deben hacer nuestros pueblos por la salud del Reyno, nos inspirará desprendimiento de

los bienes particulares por la causa comun, desterrará de entre nosotros el espíritu de ambicion, disipará hasta la sombra de las discordias fomentadas tal vez dolosamente por el enemigo de nuestra felicidad, y allanará los demas medios de la independencia nacional que se presentan como difíciles y ásperos á la humana flaqueza. La penitencia dará esfuerzos á los guerreros, inspirándoles desprecio de la vida temporal, y ansia de sacrificarla por la religion : ahuyentará de los exércitos el temor y la cobardía, criará en los ánimos horror á la dispersion y á la fuga, pondrá en pocos valor para vencer á muchos, dará aliento á uno para perseguir á mil, y á ciento para derrotar á diez mil. Porque una nacion humilde y contrita, atrae para los defensores de su causa, union, fortaleza del cielo, y aquel valor constante que abre las puertas á la victoria, obligando á Dios á que trate como enemigo al que hasta entónces habia sido instrumento de su furor. Al clamor de nuestra oracion y de nuestras lágrimas, caerán esos gigantes que se glorian ahora en su fuerza, y veremos hechos pólvo á esos impíos soberbios, cuya ambicion trata de tragarse el mundo, y cuya impiedad los lleva hasta competir como Luzbel con el poder del Altísimo. Entónces aparecerá con todo su horror la necia locura de ese miserable que se atreve á usurpar los dictados de la divinidad, quedando toda su gloria reducida á gusanos y basura. A nuestra vista se hundirá con estrépito ese

monte soberbio en medio del mar de la ira divina, disipándose sus proyectos como humo para escarnio y escarmiento de toda la tierra. Acordándonos de que Dios ha escogido nuestro Reyno para morada suya, y para que sea en él invocado y alabado su santo Nombre; atraigamos con nuestras lágrimas la proteccion que él mismo desea dispensarnos: obliguémosle á que con los ojos de su furor extermine los exércitos de este enemigo suyo, tomando por su cuenta la venganza de su perfidia y de las injurias que ha hecho en nuestros pueblos á la santa Iglesia. Napoleon orgulloso como Nabucodonosor, y ciego como Antioco, no considera que esta momentánea prosperidad de sus empresas es efecto de un terrible juicio de Dios que le ha hecho vara de su furor para nuestro castigo: y que á no ser así en el mismo momento en que fraguó la iniqua usurpacion de España, y la torpe profanacion de sus santuarios, hubieran llovido sobre él y sus generales los azotes que llovieron sobre Heliodoro, quando de órden de Seleuco entró á robar el templo de Jerusalen. Mas el Señor que protexta no haber elegido la gente por el lugar, sino el lugar por la gente, ha permitido que alcancen tambien á su santuario la desolacion y la devastacion que merecia el territorio de nuestra península, para que atendiendo nosotros por este medio tan terrible quanto habia provocado la ira divina nuestra falta de respeto à la casa de Dios, la tropelía en el santo Sacrificio, el

abuso de los sacramentos, la desenvoltura, el juego de los brazos desnudos, y el ayre provocativo con que aun en medio de este azote se presentan en el templo las mugeres christianas como quien declara guerra à la mas fuerte y acendrada honestidad: expiemos tan enormes delitos con una pronta y total enmienda, y con un vivo dolor que alcance para nuestros templos ultrajados y desolados, la reparacion, el decoro y la gloria que deseamos y debemos procurar à la Patria. Nuestra modestia, nuestra compuncion y el fervor de nuestros gemidos pondrán à este malvado en las manos del Omnipotente de quien ahora se burla, como pusieron las lágrimas del pueblo de Israël al impio Antioco; el qual en lo mas alto de su orgullo, quando estaba hinchado como el mar, y se jactaba de pesar los montes en su balanza, y tocar las estrellas del firmamento; quando ya se acercaba à la santa ciudad, resuelto à convertirla en sepulcro de sus moradores, fue acometido de una infernal dolencia que le acabó la vida, muriendo lleno de dolores, podrido de gusanos, y exhalando un fetor, que ni él mismo podia sufrir; arrancándole Dios del pecho aquella terrible verdad que no habia querido confesar en medio de su vana exâltacion: „Justo es que el hombre esté sujeto à Dios, „y que el mortal no se atreva à igualársele." Quando tengamos delante de los ojos el espantoso juicio que aguarda à este otro Antioco, compararemos la justicia pública que hará Dios de él à la faz del

mundo, con la benignidad con que nos trata à nosotros, atrayéndonos à sí para que seamos en adelante verdadero pueblo suyo y templo vivo consagrado à su gloria. Y así como el impío Nicanor, general de aquel tirano, que sin temor à la venganza de Dios habia cooperado à sus impíos designios afligiendo à Israël, atropellando à los pueblos indefensos, vendiendo à los Israëlitas como esclavos, y vexándolos con mil invenciones de su crueldad, al cabo tuvo que huir afrentado y miserable, publicando en todas partes la gloria del verdadero Dios; así los que quedaren de los generales y sequaces de este otro malvado, llevando à todas partes el sello del furor de Dios, serán viva estampa de su justicia y de la proteccion que dispensa à sus siervos. Viendo à esta luz la íntima conexîon que tiene nuestra penitencia con nuestra victoria, alabarémos perpetuamente à Dios que estaba en medio de nosotros como padre quando nos afligía; y que habiendo logrado el fin de su castigo, que era nuestra enmienda, volvió de improviso su furor contra la vara con que habia azotado à sus hijos.

Al paso pues que la Suprema Junta arma exércitos y hace todos los preparativos que exîge el arte militar para la vigorosa y enérgica defensa de la Patria, persuadido yo, como debeis estarlo vosotros, por la doctrina de nuestra santa religion, de que estos medios por otra parte necesarios, serán inútiles sino los bendice y protege el

Dios de las batallas, y de que con su bendicion y proteccion serán acertados nuestros planes, esforzados y constantes nuestros exércitos, y cierta nuëstra victoria: os exhorto con el mayor encarecimiento en el nombre de Dios, á que os acerqueis á implorar su auxîlio, aplacando con una pronta y sincéra penitencia el justo enojo que está manifestando contra nosotros. Para esto os ruego que desde luego aparteis de vuestro corazon, de vuestras familias y de vuestros pueblos las diversiones pecaminosas privadas y públicas, las enemistades y discordias, la inmodestia en los trages, y todo lo demas que pueda ser ofensa de Dios: que purifiqueis vuestras conciencias con la confesion sacramental, ayudando á que se propague entre nosotros la digna freqüencia de sacramentos: que atraígais la misericordia del Señor con la oracion contínua, con ayunos y otras mortificaciones, con la práctica de obras buenas, y los ricos ademas con sus limosnas.

Espero que nuestro clero secular y regular en el confesonario, y en el púlpito, y en todas las demas ocasiones que ofrece el trato humano, por escrito, de palabra, y mas con su exemplo, fomenten en el pueblo fiel estos mismos afectos, sosteniendo y promoviendo como delegados de Dios el valor nacional junto con el espíritu de penitencia, y demostrando la seguridad con que haciéndolo así, debemos prometernos del auxîlio del Señor el mas glorioso triunfo. Pues á nosotros.

van dirigidas aquellas palabras que en otro conflicto semejante al nuestro dixo Judit á los Sacerdotes de Israël : Hermanos, vosotros que sois los ancianos del pueblo de Dios, pues veis que los ánimos de todos estan como colgados de vuestros labios, alentadlos con santas exhortaciones, recordándoles que esta calamidad es azote de Dios para correccion de sus siervos, mas no para su exterminio.

Al paso pues que exhorto nuevamente en el nombre de Dios, á mis venerables hermanos los eclesiásticos seculares y regulares de toda la nacion, á que por quantos medios les inspire su zelo, sigan contribuyendo al alistamiento de tropas, y á la formacion de Cruzadas y de partidas de guerrilla, inflamando contra la perfidia del invasor la religiosa lealtad de la patria; espero que de esta misma ocasion saquen partido para desvanecer las quejas de los tibios y la turbacion de los débiles, persuadiendo á todos que esta guerra es para España azote de misericordia mas que de ira, y que con la penitencia nacional y la reforma de costumbres, amanecerán para nosotros, como dice San Pedro, los dias serenos y alegres prometidos por Dios á los que de veras se convierten á él y le sirven. (*I. Petr. III.* 10 *seq*)

En cuya atencion os ruego encarecidamente, mis amados Españoles, por las entrañas de nuestro Señor Jesuchristo, que léjos de desmayar en vuestros anteriores propósitos, aumenteis mas y mas

el patriotismo de que habeis dado hasta aquí tan ilustres pruebas, seguros de vuestro triunfo, y de que preparándoos así para la victoria habreis cumplido las obligaciones de verdaderos christianos, de esforzados patriotas y dignos Españoles, cuyo premio será inmotalizaros en este mundo, y en las eternas mansiones de la gloria.

Sevilla 20 de Diciembre de 1809.

Juan Acisclo, Arzobispo de Laodicéa, Presidente.